

LOS SACRAMENTOS

Vimos que un abrazo vale mas que mil palabras y un regalo "significa"- a veces- mucho mas que un largo discurso. Esos gestos, ciertamente, no son todo el amor que sentimos por nuestros seres queridos. Pero sin esos gestos, el amor no dura, no se alimenta y, con demasiada frecuencia muere.

Rezar, ir a la iglesia, celebrar la eucaristía, pedir perdón... no son toda la fe y el amor que tenemos por el Señor. Pero sin esos gestos, nuestra fe y nuestro amor no se alimentan, por el contrario , se debilitan y mueren.

Jesús con *hechos y palabras* hizo que se viera la voluntad que Dios tiene de salvar, de ser amigo del hombre, de transmitirle su propia vida, su propia felicidad.

Obedeciendo a Jesús, celebran de esa manera los sacramentos, es decir, **los signos que nos muestran el amor de Dios.**

¿Qué es, entonces, un sacramento? San Agustín nos enseñó que cuando "algo" (un signo) se refiere, expresa, hace "visible" a Dios es un sacramento. Por eso podemos decir que toda la creación es un sacramento: toda ella -si la sabemos mirar y escuchar- nos muestra, nos habla de Dios.

Pero los sacramentos "de la iglesia", arrancan de las palabras, gestos y recomendaciones de Jesús. Hoy, como ayer, *Jesús sigue dándonos su vida, su amistad, su perdón, su fuerza, la salud, la paz...* Es siempre Jesús el que se encuentra con nosotros pero a través de la iglesia (recordemos que ella es el sacramento de Cristo).

Los sacramentos, bautismos, confirmación, eucaristía... son un conjunto de gestos, palabras, acciones (signos) que muestran de manera visible, audible, y palpable el amor (la gracia) que Dios nos comunica a través de Jesucristo.

Para celebrarlo se necesitan cosas materiales: agua (bautismo), pan y vino (eucaristía), oleos (confirmación, unción de los enfermos).

Se emplean también, gestos: signaciones (señal de la cruz) imposición de manos, unciones.

Se necesitan también palabras significativas: formulas o textos adecuados.

Y, por supuesto, se necesitan sujetos (personas) que los celebren y ministros que presidan la celebración (obispo, sacerdote, diácono, laico autorizado).

Los sacramentos son los "vehículos", los "puentes", los canales de comunicación de Dios con el hombre a través de Cristo, por medio de la iglesia.

Cuando un enamorado le dice a su chica "te amo", no solo manifiesta su amor. Esas palabras "producen", "aumentan", "hacen crecer" el amor.

Lo mismo ocurre con los sacramentos: no sólo significan una vida nueva, sino que nos la conceden. No sólo hablan de nuestra redención, sino que nos conceden redención. No sólo hablan de cercanía del Señor, sino que en ellos está el Señor con nosotros.

¿Por qué siete sacramentos?

Es imposible imaginar la vida de los hombres sin las fiestas. Necesitamos celebrar ciertos acontecimientos que marcan la vida de las personas, de la familia, la comunidad. El nacimiento, el matrimonio, la recuperación de la salud, ciertos logros personales (la graduación , un buen negocio), se celebran con ceremonias y ritos especiales: hay fiesta, una comida especial, música, baile...

Los sacramentos son los símbolos de la Iglesia para celebrar los momentos mas importantes de la vida humana y cristiana.

Celebramos el recuerdo y la presencia de Dios que hizo y hace maravillas para salvarnos (para comunicarnos su amor y su felicidad).

En los puntos culminantes y en los momentos críticos de su vida, la Iglesia - en nombre de Jesucristo - le otorga al hombre la salvación y el amor divino, la gracia de Dios.

El primer hecho importante de la vida es el nacimiento. El sacramento del Bautismo celebra la nueva vida a la luz de Jesús: nos "incorporamos" a Cristo, nos introducimos en la comunidad de Jesús, la Iglesia, para recibir por ella la vida de Dios. Luego viene la etapa de crecimiento con sus alternativas; ¿qué camino escoger? El sacramento de la Confirmación sella este momento con la fuerza del Espíritu Santo para seguir las opciones de Jesús.

Tanto las personas como los grupos necesitan recuperar continuamente fuerza a través del alimento y la convivencia. La Eucaristía es el sacramento en el cual compartimos el Cuerpo y la Sangre de Jesús como alimento y comunión entre nosotros y Él.

Nuestra vida esta llena de errores, fracasos, faltas y pecados. En el sacramento de la Reconciliación la Iglesia nos asegura el perdón de Jesús; renovamos la gracia bautismal y la alegría de seguir nuevamente con Jesús. La enfermedad, y sobre todo la muerte, es un momento difícil y crítico. El sacramento de la Unción de los enfermos nos da la fuerza de Jesús para sobrellevar estas situaciones, con la esperanza puesta en Aquel que venció la muerte.

El amor de una pareja y su unión en matrimonio es un momento decisivo en la vida personal y social. El sacramento del Matrimonio bendice ese amor y da la fuerza de Cristo para que esos esposos se amen y se santifiquen y den frutos permanentes en la familia.

Toda sociedad necesita responsables que velen por la unidad y la cohesión del grupo. También la Iglesia necesita estos ministros al servicio de la comunidad de Jesús. El sacramento del Orden sagrado confiere la gracia para que estos ministros realicen su misión eclesial.

La iglesia no es una compraventa: pago y tengo derecho a exigir un sacramento. Los sacramentos no son ritos "mágicos" que se cumplen para evitar algún daño o simplemente porque hay que seguir una costumbre. Los sacramentos son un don de Dios que a través de ellos nos "salva"(nos comunica su amor y su felicidad). Nos debemos preparar para recibirlos. Cada sacramento tiene su propia significación que aparece en el símbolo que utiliza. Son una verdadera fiesta - personal y comunitaria - pero en toda fiesta hay que saber que se celebra y porque.

Los sacramentales

La vida se desenvuelve en "las pequeñas cosas de todos los días": tenemos un hogar; vivimos en familia; trabajamos en determinados lugares; utilizamos herramientas, salimos de viaje, vamos al gimnasio, compramos los mas diversos objetos, nos enfermamos, comemos, dependemos de los frutos de la tierra...

Personas- lugares- objetos- elementos naturales... constituyen la trama de nuestra vida diaria.

La Iglesia (el Sacramento de Cristo) desde sus comienzos, quiso estar presente en "las mas diversas circunstancias de la vida", acercando a ellas la presencia y el amor de Dios. Lo hace a través de ciertos signos sagrados que se llaman sacramentales. Son como una "prueba" (un signo) del valor que Dios otorga a las "cosas menudas", cotidianas de nuestra vida; las cosas, las personas, los trabajos, los lugares...

No son tan importantes como los siete sacramentos (instituidos por Jesús) pero son más sencillos, más comprensibles, más cotidianos, más ligados a la vida de cada día, más cercanos.

Bendecir la comida, el gimnasio, el lugar de trabajo... bendecir a los hijos, a los abuelos que ya no salen de casa... implorar la salud, la lluvia que no llega... encender una vela, tener en casa una imagen, el rosario... no es pura superstición, magia o folklore; es un acto de confianza en el Dios que gobierna todo.

El pueblo -sobre todo el pueblo "sencillo" - confía en el Señor, como creador y dador de vida y sabe que todo depende de Dios, y que aunque le fallen todos los otros medios, Dios no puede fallarle. Por eso la estampita, la vela, el ramo de olivo, san Cayetano, el agua bendita, la bendición...

Todos estos gestos son formas de reproducir el gesto de aquella pobre mujer del evangelio que padecía flujo de sangre. Ella estaba segura que con sólo tocar el borde del manto de Jesús se curaría. Jesús, que siente salir de sí esa fuerza sanante, mira a la mujer y le dice: "Hija, tu fe te ha sanado: vete en paz" (Mc. 8, 48).

Los sacramentales forman parte de la oración "oficial" de la Iglesia a favor de sus hijos. Es "la misma Iglesia que intercede ante Dios, para obtener efectos, sobre todos espirituales". (SC 60).

En general se distinguen dos categorías:

a) *los sacramentales - cosas*: agua bendita, las velas benditas, los ramos de olivos benditos...

b) *Los sacramentales - acciones*: las bendiciones (de todo tipo: del agua, de los niños, de la familia, de las herramientas...); las consagraciones (profesión religiosa, bendición del abad, dedicación de una Iglesia); los exorcismos.

Son bendiciones y consagraciones que revelan la fe y el amor de la Iglesia hacia Dios y hacia el hombre a quien quiere bendecir y santificar "en las más diversas circunstancias de la vida".

La Ignorancia puede transformar estos ritos en superstición o magia. Este riesgo se evita mediante la fe y la buena disposición de quien solicita un sacramental. Fe profunda y auténtica en la bondad y misericordia de Dios Padre; fe en el poder del "misterio pascual" de la pasión, muerte y resurrección de Cristo; fe en la "santa madre Iglesia que instituyó los sacramentales" para que todos los que necesitamos curación, podamos "tocar, por el borde de su manto" y acercarnos así a la salvación.

La Eucaristía: centro de la vida cristiana

Muchos cristianos "van a misa" por costumbre; otros muchos porque "está mandado". Van sin entender mucho, llegando "sobre la hora", o un poquito más tarde...pero, "en el fondo", queriendo acordarse, glorificar a Dios de la manera que enseña la Iglesia: "participando de la misa".

Oportunamente llegaremos a explicar "cada partecita" de la misa. Entenderla es la mejor manera de valorarla. Cuando conozcamos el significado de las plegarias, las acciones, los ritos..., entonces nos vamos a entusiasmar.

Hoy queremos ver porqué es tan importante la misa, por qué se puede afirmar que la misa es el centro de la vida de la Iglesia, por qué los cristianos, la Iglesia, "desde siempre" se reunieron para celebrar la "misa", es decir la eucaristía.

En la celebración de la eucaristía, la Iglesia hace lo mismo que hizo Jesús en la víspera de su muerte (Mt. 26,26; Mc.14, 12; Lc. 22,7, Jn.13,1).

La cena pascual de los judíos era un verdadero banquete de fiesta: con pan y vino (de uva), con cánticos y canciones, en el que se comía el cordero pascual.

Los evangelios ponen de relieve lo absolutamente novedoso de esa cena: Jesús "partió el pan", se lo dio a sus discípulos y dijo: *"Tomen, esto es mi cuerpo"*. Al dar el cáliz dijo: *"Esta es mi sangre, sangre de la alianza derramada por todos"*.

Jesús dio a sus discípulos, a su Iglesia, el encargo y el poder de repetir su propia acción: *"Hagan esto en conmemoración mía"* (Lc. 22,19; 1 Cor. 11, 23). De esta manera "nació" la misa; por el mandato de Jesús de repetir lo que él había hecho.

La liturgia utiliza diversas "plegarias eucarísticas", pero en todas ellas las palabras del sacerdote sobre el pan y el vino son siempre las mismas. El sacerdote dice lo que Jesús mismo dijo:

-Tomad y comed todos de él porque esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros.

-Tomad y bebed todos de él, porque este es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Haced esto en conmemoración mía.

(Se llama "plegaria eucarística" a la parte central de la misa: una serie de alabanzas y oraciones que comienzan con el "prefacio" y llega hasta el "Padrenuestro").

Conmemorar es mucho más que un bello recuerdo de algo que no deseamos olvidar. **Conmemorar**, significa que Jesús "repite" para nosotros aquello que históricamente realizó el día antes de su muerte. Dios hace que aquel pasado sea presente, un presente que nos incluye a nosotros, que se hace eficaz aquí y ahora.

La misa es la conmemoración de ese acuerdo, de esa alianza nueva que Jesús "firmó" con su sangre.

La misa nos "recuerda" que Dios nunca nos va a abandonar.

La misa os recuerda que Jesús murió por nosotros y, resucitado, está vivo y presente, acompañando nuestro diario peregrinar hacia el Padre.

La misa es nuestra "gran acción de gracias" (eucaristía) al Padre Dios que, por medio de Jesucristo, quiso hacer tales maravillas por nosotros.

Pan y vino: ofrendas para la Eucaristía

Pan y vino constituyen la ofrenda para el sacrificio y son alimentos para el banquete de la Iglesia: *la eucaristía*.

Hambre y sed son necesidades primordiales del hombre. Sin alimento el hombre está condenado a morir: la alimentación es el precio de la vida. (¡Con cuanto horror gran parte de la humanidad vive esta realidad!).

El hambre y la sed son necesidades tan básicas que sirven para simbolizar muchos anhelos del hombre; se habla de *"hambre de poder"*, *"sed de riquezas"*; *"sed de conocimientos"*... Jesús declaró felices a los que *"tienen hambre y sed de justicia"* y el salmo 63 (62) expresa *"mi alma tiene sed de ti, Señor"*.

No es casualidad que Jesús se haya quedado entre nosotros (se haya ofrecido a nosotros) bajo las especies de pan y vino, como un "alimento" (son alimentos *"básicos"*, *"populares"*, llenos de simbolismo).

En primer lugar, toda alimentación implica que algo o alguien se sacrifique por nosotros: nuestra nutrición se realiza a costa de otros seres vivos (vegetales y animales).

El pan es el fundamental *"signo"* de la alimentación, de la vida: por eso decimos *"ganarse el pan"*.

Pan y vino no se encuentran directamente en la naturaleza. Son el fruto del trabajo de muchos hombres a favor del hombre. La liturgia lo recalca: *"Fruto de la tierra (de la vid) y del trabajo del hombre"*. Son una síntesis de las fatigas humanas.

Por eso mismo son *"signos"* comunitarios: están compuestos por muchos granos y son fruto de muchos *"sudores"*, Además invitan a la *"participación"*, *"a la comunión con otros"*, no a comer o beber solos (en el interior del país ¡todavía! Se suele beber de la misma copa en señal de amistad y afecto).

El pan y el vino son complementarios: el pan responde al hambre, el vino la traspasa : es signo de fiesta y alegría.

Aunque los fieles ya no traigan de sus casas el pan y el vino (como se hacía en la primitiva Iglesia y se sigue haciendo en oriente), constituyen una *"ofrenda"* del hombre a Dios que Dios *"devuelve"* al hombre transformada en el cuerpo y la sangre de Jesús.

Cuando vemos el pan y el vino que llevan al altar algunos hermanos (es importante que sean los mismos fieles quienes cumplan este rito) y que el sacerdote ofrece levantándolos en una bandejita y una copa, pongamos en ellos todas nuestras *"fatigas y alegrías"* de cada día. Pensemos que Cristo se hará para nosotros comida y bebida a efectos de alimentarnos de un modo tan total que en adelante viviremos eternamente.

"Yo soy el pan vivo bajado del cielo: el que coma de este pan vivirá para siempre" (Jn.6.51)

El pan y el vino, alimentos básicos del hombre, estimulan nuestra hambre y sed de Dios vivo, de Jesucristo, el único que puede sostenernos para no recorrer como moribundos el camino cotidiano de la vida.

Ese pan que es Cristo se parte y se reparte de corazón entre sus hermanos y nos recuerda que hemos de aprender a repartir el pan terreno entre tantos hombres que carecen de él.

Eucaristía como fracción del Pan

En la Iglesia primitiva se designaba la eucaristía con la expresión «fracción del pan». Lucas dice de los primeros cristianos de Jerusalén: «Todos los días acudían juntos al templo, partían el pan en las casas y comían juntos con alegría y sencillez de corazón» (He 2,46). La fracción del pan recuerda a los cristianos que Jesús, en la Última Cena y sentado a la mesa que Jesús, en la Última Cena y sentado a la mesa con los discípulos de Emaús, había partido el pan. Cuando el sacerdote parte el pan, los fieles tienen ante sus ojos la muerte de Jesús, la muerte en la que Jesús, por amor, se parte por ellos. La fracción del pan representa la culminación del amor de Jesús en su entrega en la cruz. Pero también remite a todos los encuentros de Jesús con los hombres, en los que se presenta ante ellos como salvador y liberador, encuentros en los que compartió con ellos su tiempo, su fuerza y su amor. En la fracción del pan se pone de manifiesto que Jesús no vivió para sí mismo, sino que durante toda su existencia se partió por nosotros para hacernos partícipes de sí mismo y de su amor. Jesús es esencialmente un «ser-para...», una «existencia-en-favor-de...». En la fracción de pan expresamos nuestro anhelo más profundo de que ahí haya alguien totalmente en favor nuestro, hasta el punto de que intercede por nosotros incluso en la muerte, y nos ama. Cuando partían el pan, los cristianos también pensaban en el relato de la multiplicación de los panes que narran todos los evangelios. Entonces, Jesús tomó el pan y pronunció la bendición; encontramos aquí la misma estructura que tiene la eucaristía. En Marcos leemos: «Tomó los siete panes, dio gracias, los partió y se los entregó a sus discípulos para que los repartieran» (Mc 8,6). La fracción del pan tiene que ver con el compartir. Los discípulos tienen que compartir su pan con la multitud de oyentes que estaba allí. Compartir es una imagen importante de la celebración de la eucaristía. La eucaristía no es simplemente invitación a compartir con otras personas lo que tenemos, a dar de nuestro pan a los hambrientos. La eucaristía es ya en sí misma la celebración del compartir. Compartimos unos con otros nuestro tiempo, el mismo espacio. Cuando asistimos a la celebración en común, cuando participamos en los cánticos y en las oraciones, cuando nos comprometemos con las personas que participan con nosotros de la misma comida, estamos compartiendo con ellos nuestra vida, nuestros deseos y aspiraciones, nuestros sentimientos y necesidades, nuestros temores y esperanzas. Cuando, en la eucaristía, compartimos nuestra vida unos con otros, estamos creando espacios para la comunidad, para la hospitalidad. Nace entonces la solidaridad, el calor, la preocupación de unos por otros. «Compartir es curar», en opinión de Bernard Rootmensen. Al compartir, se cura un pedacito de nuestros desgarros. El pan que com-partimos, que partimos unos con otros, nos regala la esperanza de que lo que hay en nosotros de roto y quebrado también va a ser curado. Los fragmentos en que se ha dividido nuestra vida vuelven a juntarse de nuevo. La fracción del pan es, al mismo tiempo, una invitación a abrirnos unos a otros, a romper nuestra coraza emocional y a permitirnos mutuamente franquear las puertas de nuestros corazones.

El altar de la vida cotidiana

Para otros es importante pensar que el altar sobre el que tiene lugar la ofrenda de uno mismo es la vida cotidiana. Lo que han celebrado sobre el altar en la iglesia -la pasión de Jesús que se entrega por ellos y la propia entrega a Dios-, lo hacen realidad en la confianza desde la que cumplen con sus obligaciones, desde la que se esfuerzan en su trabajo y con la que sirven a los hombres, la confianza que les ha llevado a asumir la responsabilidad de la familia, de la empresa, del municipio o de la parroquia. Entonces su trabajo es también una especie de liturgia que prolonga la eucaristía. En definitiva, todo trabajo consiste en entrega y sacrificio. Nos entregamos a una fábrica o a un puesto en la oficina. Sacrificamos nuestras fuerzas y nuestra atención en favor de los hombres y las cosas. En el trabajo cotidiano se prolonga el sacrificio del altar, que se extiende en nuestro mundo. Con frecuencia resulta más difícil llevar a cabo la ofrenda del sacrificio en el altar de nuestra vida ordinaria, el sacrificio de nuestros conflictos diarios y de nuestras decepciones, que celebrar el sacrificio de la entrega en una inmensa catedral en medio de cánticos de celebración.

El trabajo tiene como meta la transformación de este mundo, que Cristo lo penetre más y más, y que los hombres sean capaces de reconocer a Cristo en él. Es como si las palabras que el sacerdote pronuncia en la epiclesis sobre el pan y el vino en la eucaristía: "Santifica estos dones con la efusión de tu Espíritu, de manera que sean para nosotros Cuerpo y Sangre de Jesucristo, nuestro Señor», los hombres las pronunciaran ahora sobre su trabajo, sobre sus reuniones, sobre la mesa de su despacho, sobre sus tareas domésticas. El Espíritu Santo, que ha convertido el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo, también transforma su vida cotidiana. De todo aquello que tomarán en sus manos podrán decir: «Esto es mi cuerpo. Esta es mi sangre». En todas las cosas entran en contacto con Cristo como fundamento de su ser. La transformación de nuestra vida cotidiana por medio de la eucaristía exige también un trato diferente con las cosas, con los seres humanos, con la creación. El mismo respeto con que hemos recibido a Cristo en la comunión, hemos de mostrarlo también con las personas con las que podamos encontrar. También en ellas quiere Cristo entrar en nosotros. San Benito vivió desde esta devoción eucarística cuando dice del mayordomo: «Considerará todos los objetos y todos los bienes del monasterio como si fueran vasos sagrados del altar» (*Regla*, cap. XXXI). Ha de tratar las cosas con el mismo cuidado con que trata el cuerpo y la sangre de Cristo en la eucaristía. En todo lo que tocamos, estamos, en el fondo, acariciando el amor de Cristo que discurre por toda la creación.

Fragmentos de " La Celebración de la Eucaristía" de Anselm Grün

Vivir según la libertad del Espíritu

En muchas de sus cartas, Pablo describe lo que significa vivir según el Espíritu y no según la carne. Vivir según la carne significa para él vivir según los valores del mundo, vivir desde la presión que ejercen el ansia de éxito y de fama. La experiencia más importante de los que viven según el Espíritu es, para Pablo, la libertad: «Ya no pesa, por tanto, condenación alguna sobre los que viven en Cristo Jesús. La ley del Espíritu vivificador te ha liberado por medio de Cristo Jesús de la ley del pecado y de la muerte» (Rom 8, 1ss). El Espíritu Santo nos libera de las cadenas de nuestra psique, en las que volvemos a caer una y otra vez.

Sentimos constantemente dentro de nosotros los mismos esquemas caducos y los mismos mecanismos: reaccionamos con odio y con violencia ante las personas que nos han ofendido. Dejamos que los otros nos impongan sus reglas de juego. En cuanto asoman conflictos buscamos la culpa en nosotros mismos. Estos esquemas de vida son la ley del pecado y de la muerte, según Pablo. Nos conducen a malograr nuestra vida. Pecado quiere decir fallar la meta, dar fuera de la diana. Estos esquemas de vida significan la muerte. Nos apartan de la auténtica vida. Dejarse guiar por el Espíritu nos libera por dentro. Esta sería la experiencia más intensa de Pablo en su encuentro con Jesucristo: «Porque el Señor es Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad» (2 Cor 3,17).

La libertad que el Espíritu nos regala se muestra, para Pablo, en el hecho de que ya no somos esclavos sino hijos e hijas de Dios. «Los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios. Pues bien, vosotros no habéis recibido un Espíritu que os haga esclavos, de nuevo bajo el temor, sino que habéis recibido un Espíritu que os hace hijos (adoptivos) y os permite clamar: *Abba, Padre!*» (Rom 8,15). Pablo considera a las personas que tienen que guiarse continuamente por el criterio de otros, que viven constantemente en el temor de no contentar a los demás, como esclavos, como criados. El cristiano, según Pablo, es la persona libre. Puede ir por la vida con la cabeza alta. Tiene una dignidad invulnerable. No necesita comprar su dignidad con éxitos delante de los demás ni adquirir su amabilidad con una actitud de adaptación servil. Quien constantemente tiene que satisfacer las expectativas de los demás para sentirse plenamente persona, es un esclavo. Confiere a los demás poder sobre él. Quien vive según el Espíritu no da poder a los demás. El Espíritu que está dentro de nosotros mismos, nos libera del poder de aquellos que nos quieren infiltrar escrúpulos de conciencia, que nos quieren oprimir bajo la imagen que ellos se han hecho de nosotros.

Fragmentos de "La Confirmación" de Anselm Grün